

Hoy no vengo a enseñar nada, Dios me libre de intentarlo.

Hoy no vengo a convencer a nadie, aunque si mis palabras convencieran solo a uno, me sentiría más que recompensado.

Hoy no vais a oír ni versos, ni rimas, ni rica prosa porque eso ya lo hicieron y lo harán otros, antes y después que yo, y mejor que yo.

Hoy se trata de Fe.

Se trata de creer en la presencia del Cuerpo y la Sangre de Cristo en la Sagrada Eucaristía. Santo Tomas escribe *"La presencia del verdadero Cuerpo de Cristo y de la verdadera Sangre de Cristo en este sacramento, no se conoce por los sentidos, sino sólo por la Fe, la cual se apoya en la autoridad de Dios"*.

Hoy se trata de creer ciegamente.

"Este es Mi Cuerpo que será entregado por vosotros", San Cirilo declara comentando este texto de San Lucas que *"No te preguntes si esto es verdad, sino acoge más bien con Fe las palabras del Salvador, porque Él, que es la Verdad, no miente"*. Y continúa diciendo:

*"Adorote devotamente, oculta Deidad,
que bajo estas sagradas especies te ocultas verdaderamente
A ti mi corazón totalmente se somete,
pues al contemplarte, se siente desfallecer por completo."*

*La vista, el tacto, el gusto, son aquí falaces;
sólo con el oído se llega a tener Fe segura.
Creo todo lo que ha dicho el Hijo de Dios,
nada más verdadero que esta palabra de Verdad”.*

Según el catecismo de la Iglesia Católica, *“la Sagrada Eucaristía, culmina la iniciación cristiana tras recibir el sacramento del bautismo, el sacramento de la confirmación y el acercamiento al sacramento de la penitencia. Que el sacramento de la Sagrada Eucaristía es “fuente y culmen de toda la vida cristiana”. Que los demás sacramentos, como también todos los ministerios eclesiales y las obras de apostolado, están unidos a la Sagrada Eucaristía y a Ella se ordenan. Que la Sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua”.*

El catecismo también nos dice que *“la riqueza inagotable de este sacramento se expresa en la multitud de nombres con los que se le llama:*

- *Eucaristía, porque es acción de gracias a Dios.*
- *Banquete del Señor, porque se trata de la Cena que el Señor celebró con sus discípulos la víspera de su pasión.*
- *Fracción del pan, porque este rito, propio del banquete judío, fue utilizado por Jesús cuando bendecía y distribuía el pan.*
- *Asamblea eucarística, porque la Eucaristía es celebrada en la asamblea de los fieles.*
- *Santo Sacrificio, porque actualiza el único sacrificio de Cristo Salvador e incluye la ofrenda de la Iglesia.*

- *Santa y Divina liturgia, porque toda la liturgia de la Iglesia encuentra su centro y su expresión más densa en la celebración de este sacramento.*
- *Comunión, porque por este sacramento nos unimos a Cristo que nos hace partícipes de su Cuerpo y de su Sangre para formar un solo cuerpo.*
- *Santa Misa, porque la liturgia en la que se realiza el misterio de salvación, se termina con el envío de los fieles a fin de que cumplan la voluntad de Dios en su vida cotidiana.*

Ante la grandeza de este sacramento, sólo podemos repetir humildemente y con Fe ardiente las palabras del Centurión: "Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra Tuya bastará para sanarme".

Señor, otra vez dejas que Te nombre,
quien Te ha negado tantas veces,
Siendo Tú la luz de nuestras tinieblas,
¿Cómo puedo yo iluminar el sol?,
si soy lo oscuro en la oscuridad.

Señor, una vez más Vuelves a Ponerte,
en manos de un pecador,
Siendo Tú la sabiduría de nuestra ignorancia,
¿Cómo puedo yo hablar de Ti?,
si soy el más ignorante entre los ignorantes.

Señor, de nuevo Permites que Te señale,
quien no deja de Ofenderte,
Siendo Tu el Santo Espíritu de nuestra tibieza,
¿Cómo puedo yo Ensalzarte?,
si soy el más tibio entre los tibios.

Te han enaltecido Apóstoles y Profetas,
Te han glorificado Santos y Doctores de la Iglesia,
Te han alabado Papas, Cardenales y Obispos,
¿Cómo puedo yo referirme a Ti, Señor?,
que soy inútil, inculto y torpe.

¿Quién soy yo Señor?, para Pedirte hoy, solo hoy,
que me Des lo que no tengo,
¿Quién soy yo Señor?, para Pedirte hoy, solo hoy,
que me Enseñes lo que no sé,

¿Quién soy yo Señor?, para hablar de Ti,
si sobre Ti todo está escrito.

«Llegó el día de los Ázimos, en el que se había de inmolar el cordero de Pascua; [Jesús] envió a Pedro y a Juan, diciendo: "Id y preparadnos la Pascua para que la comamos", fueron y prepararon la Pascua. Llegada la hora, se puso a la mesa con los Apóstoles; y les dijo: "Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer; porque os digo que ya no la comeré más hasta que halle su cumplimiento en el Reino de Dios". Y tomó pan, dio gracias, lo partió y se lo dio diciendo: "Esto es Mi Cuerpo que va a ser entregado por vosotros; haced esto en recuerdo mío". De igual modo, después de cenar, tomó el cáliz, diciendo: "Este cáliz es la Nueva Alianza en Mi Sangre, que va a ser derramada por vosotros"».

Santa y Sagrada Eucaristía,

Sacramento por los siglos de los siglos.

Santa y Sagrada Eucaristía,

Sacramento hasta el final de los tiempos.

De la Iglesia de Jerusalén se dice que «Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, fieles a la Comunión fraterna, a la Fracción del Pan y a las oraciones. Acudían al Templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y con sencillez de corazón». Era sobre todo "el primer día de la semana", es decir, el domingo, el día de la resurrección de Jesús, cuando los cristianos se reunían para "partir el Pan".

Santa y Sagrada Eucaristía,

Sacramento por los siglos de los siglos.

Santa y Sagrada Eucaristía,
Sacramento hasta el final de los tiempos.

En el año 155, San Justino explica, al emperador pagano Antonino Pío, lo que hacen los cristianos:

«El día que se llama día del sol tiene lugar la reunión en un mismo sitio de todos los que habitan en la ciudad o en el campo.

Se leen las memorias de los Apóstoles y los escritos de los profetas, tanto tiempo como es posible.

Cuando el lector ha terminado, el que preside toma la palabra para incitar y exhortar a la imitación de tan bellas cosas.

Luego nos levantamos todos juntos y oramos por nosotros, a fin de que seamos hallados justos en nuestra vida y nuestras acciones y seamos fieles a los mandamientos para alcanzar así la salvación eterna.

Al terminar esta oración nos besamos unos a otros.

Luego se lleva, al que preside a los hermanos, pan y una copa de agua y de vino mezclados.

El presidente los toma y eleva alabanza y gloria al Padre del universo, por el nombre del Hijo y del Espíritu Santo y da gracias largamente porque hayamos sido juzgados dignos de estos dones.

Finalizadas las oraciones y las acciones de gracias, todo el pueblo presente pronuncia una aclamación diciendo: Amén.

Cuando el que preside ha hecho la acción de gracias y el pueblo le ha respondido, los que entre nosotros se llaman diáconos distribuyen a todos los que están presentes pan, vino y agua "eucaristizados" y los llevan a los ausentes».

“Desde su comienzo la Iglesia ha sido fiel a la orden del Señor, desde entonces y hasta nuestros días, la celebración de la Sagrada Eucaristía se ha perpetuado con la misma estructura fundamental y sigue siendo el centro de la vida de la Iglesia”. Según San Juan Pablo II, “la Iglesia ha recibido la Eucaristía de Cristo, su Señor, no sólo como un don entre otros muchos, aunque sea muy valioso, sino como el Don por excelencia, porque es don de Sí mismo, de su Persona en su Santa Humanidad y, además, de su Obra de Salvación.”

La herencia que hemos recibido desde aquel *“haced esto en recuerdo Mío”*, queda resumida en la impresionante obra social llevada a cabo, hoy en día, por la Iglesia Católica. Gracias a los miles de sacerdotes, religiosos y laicos que trabajan para los demás en los cinco continentes, se realiza una labor y se mantiene una presencia, difícilmente igualable por otras organizaciones. La Iglesia Católica mantiene a nivel mundial, más de 250.000 Parroquias, 5.167 hospitales, 17.322 dispensarios, 648 leproserías, 15.699 casas para ancianos, enfermos crónicos y minusválidos, 10.124 orfanatos, 11.596 guarderías, 14.744 consultorios matrimoniales, 3.663 centros de educación o reeducación social y 36.389 instituciones de otro tipo. *“La Sagrada Eucaristía es un canto a esa fraternidad querida por Jesús entre nosotros, y sella el compromiso del amor de Dios por la humanidad en la sangre de su Hijo, Jesús”.*

“En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, Amen”.

Santa y Sagrada Eucaristía que comienza con la señal de la Cruz;
sea con nosotros la gracia de Jesucristo, el Amor del Padre y la
Comunión del Espíritu Santo.

Santo y Sagrado Banquete en el que nos reconocemos débiles
pecadores.

Dios todopoderoso, ten misericordia de nosotros,

Dios todopoderoso, perdona nuestros pecados,

Dios todopoderoso, condúcenos a la vida eterna

Cristo Señor, ten piedad de nosotros.

Santa Fracción del Pan en la que alabamos, bendecimos, adoramos y
glorificamos a Dios.

Señor Dios, Rey Celestial, Padre Todopoderoso, Hijo Único, Cordero
de Dios, Hijo del Padre,

ten piedad de nosotros.

*Por la señal de la Santa Cruz, de nuestros enemigos, líbranos Señor
Dios nuestro. En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.
Amén.*

Santa y divina liturgia en la que escuchamos la Sagrada Palabra de
Dios.

Gloria a ti, Señor.

Gloria a ti, Señor Jesús.

Santo y Sagrado Sacrificio en el que hacemos humilde y sincera
protestación de Fe.

Creo en Dios.

Creo en nuestro Señor Jesucristo.

Creo que fue concebido por el Espíritu Santo,
que nació de Santa María Virgen,
que fue Crucificado, Muerto y Sepultado.

Creo que al tercer día Resucitó,

Subió a los cielos,

está Sentado a la derecha de Dios Padre

y vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos.

Creo en el Espíritu Santo,

en la Santa Iglesia Católica,

en el perdón de los pecados,

en la resurrección de la carne

y en la vida eterna.

Bendito seas, Señor, pan de vida y bebida de salvación para nosotros.

Recibe nuestro sacrificio para gloria de Tu nombre.

Eres Santo Señor y Dios del Universo, bendito el que viene en Tu
nombre. Cantaremos que este es el Sacramento de nuestra Fe,
anunciaremos Tu muerte y proclamaremos Tu resurrección.

Santo y Sagrado Misterio en el que rezamos como Tú nos enseñaste.

Padre nuestro, Santo sea Tu Nombre, venga Tu reino;

hágase Tu voluntad en todo el universo.

Danos el pan de cada día, perdona nuestras ofensas,
líbranos de la tentación y del mal.

Santa y Sagrada Comunión en la que damos y recibimos Tu paz.
Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo,
Ten piedad de nosotros y danos la paz.

Benditos los invitados a la Cena del Señor.
Santo y Sagrado Milagro que nos llena con Su Espíritu, con Su
Bendición y con Su Paz.

Etiopía, uno de los países más pobres del mundo, la Iglesia Católica tiene 13 diócesis en este país afectado por la hambruna. Más de 10 millones de etíopes se enfrentan a la muerte a causa de la sequía extrema que devasta a un territorio ya de por sí bastante sufrido. El padre Haile Gabriel Meleku, vicesecretario general de la Conferencia Episcopal de Etiopía comenta *“la situación se agrava cada día de forma dramática. Las cifras no paran de aumentar. En este momento son ya 2 millones más de personas que llevan un mes en peligro de muerte, y esta cifra podría revisarse al alza”*. Incluso los camellos están muriendo de sed. La grave sequía que golpea al país provoca desplazamientos de la población y debido a la desnutrición, indica el padre Haile, *“muchos fieles ni siquiera tienen la fuerza suficiente para caminar tres o cuatro horas hasta la iglesia más cercana”*.

Sí, lo habéis escuchado bien. Hay cristianos en Etiopía, que para asistir a la Sagrada Eucaristía caminan cuatro horas, bajo un sol abrasador, en un país con hambre y sed, uno de los más pobres del planeta.

Mireille Al Farah nació en Damasco (Siria). Es cristiana católica de rito greco melquita, una de las primeras iglesias en el mundo; árabe, pero no musulmana, de tradición oriental, pero no ortodoxa. Mireille comenta *“Desde pequeña yo estudiaba en un colegio cristiano de monjas, y en él estudiábamos católicos, judíos y musulmanes. Estábamos sentados en el mismo banco niños de las tres religiones. Desde pequeños nos enseñaron a respetarnos, pero también a sentirnos orgullosos de ser cristianos, a decirlo públicamente, y a no avergonzarnos de ello”*.

Desde la primera hora del cristianismo los cristianos han estado siempre presentes en Siria, incluso antes de la conversión de San Pablo.

Poco después de que Mireille saliera de su patria para estudiar, comenzaron los ataques sistemáticos a los cristianos, habiendo perdido a muchos amigos y familiares. En Siria, los cristianos, están expuestos continuamente a la violencia y a la humillación. Confiesa que *“cuando alguien acepta la fe cristiana en Siria, incluso desde pequeño, aprende a asumir todo lo que esta decisión conlleva, incluso la posibilidad del martirio”*. Declara que *“los funerales que ofrecemos por nuestros mártires los celebramos como una boda. Todo se decora de color blanco, porque cada mártir es como un novio que se entrega al Cielo”*.

Comenta que *“hay personas en Siria que el simple hecho de ir a Misa puede significar la muerte para ellos. Y si se les pregunta a estas personas: “¿Estás seguro que quieres ir?” Contestan: “¡Pues claro! ¡Prefiero morir tomando el Cuerpo de Jesús que estar en casa!”*. *“Cuando la gente en España me pregunta cómo puede ser esto posible, yo les respondo: ‘Es muy fácil, tienes que pedir al Espíritu Santo que te ayude y te de la fuerza para ello. Y lo tienes, lo coges, lo puedes sentir dentro de ti, y sigues adelante’*.”

Ella sabe que cada vez que recibe a Jesús en la Comunión sin peligro de ningún tipo, en la tranquilidad de nuestras celebraciones, en ese momento sus hermanos sirios están arriesgando sus vidas por recibir también a Jesús en la Comunión. Por eso no puede evitar llorar

cuando participa en la Misa, y cuando se acerca a comulgar. *“Me gustaría estar en la situación de ellos, y enfrentarme también al riesgo de perder mi vida, como ellos, por Jesús.*

Jesús nos ha anunciado lo que van a hacer con nosotros: “Os echarán mano, y os perseguirán, os entregarán a la Sinagoga y a las cárceles, y seréis llevados ante reyes y gobernadores por causa de mi nombre”.

"En cada Comunión tengo presente en mi corazón y en mi oración a todos los huérfanos, a todas las madres y padres que han perdido a sus hijos, a todas las viudas y viudos que han perdido a sus maridos y a sus mujeres". Mireille sueña cada día en poder volver de nuevo a Damasco, rezar en su parroquia, escuchar la Misa en árabe junto a su gente, y poder recibir la Comunión sin hallarse por ello en peligro de muerte.

Y mientras nosotros, en la tranquilidad de nuestras casas y de nuestras iglesias, acomodamos nuestra Fe a los límites de lo razonable, sin poner en riesgo nuestras posiciones, nuestras seguridades. Así nunca llegaremos a ser discípulos suyos, porque para nuestra desdicha lo razonable, lo común, lo lógico, lo que se lleva, lo que se practica, lo que todo el mundo hace y está de moda, lo políticamente correcto, no pasa de la mezquina mediocridad.

Según San Agustín, la Sagrada Eucaristía es "*¡Sacramento de piedad, signo de unidad y vínculo de caridad!*".

¡Oh, sacramento de piedad!

¡Oh, signo de unidad!

¡Oh, vínculo de caridad!

El que quiera vivir,

tiene donde vivir,

tiene de qué vivir.

Me acercaré y creeré;

me incorporaré para ser vivificado.

Que no sea yo un miembro separado del organismo,

ni un miembro enfermo que haya que cortar,

sino bien formado,

sano y unido al cuerpo,

y viva de ti y por ti.

Embriágame, Señor,

de la abundancia de tu casa

y dame de beber del torrente de tus delicias.

Porque en ti está la fuente de mi vida

Haz que me acerque y me nutra.

Deja que me acerque, no obstante

ser mendigo, débil, inválido y ciego.

El mismo Jesús declara en la sinagoga de Cafarnaúm que "*El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él.*"

San Juan describe más precisamente esta Comunión, en su Evangelio, como una relación extraordinaria de "interioridad recíproca": *"él en mí y yo en él"*.

San Pablo realiza multitud de referencias a la unidad de los cristianos por medio de la Sagrada Eucaristía *"Porque el pan es uno, somos un solo cuerpo, aun siendo muchos, pues todos participamos de ese único pan"*. *"El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es la Comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es la Comunión con el cuerpo de Cristo?"*

San Cipriano nos dice *"el Señor, cuando llama cuerpo suyo al pan compuesto por la unión de muchos granos de trigo, indica a nuestro pueblo reunido, que él sustenta; y cuando llama sangre suya al vino exprimido de muchos racimos y granos de uva reunidos, indica lo mismo a nuestra comunidad compuesta por una multitud unida"*.

San Ignacio afirma que *"Una sola es la carne de nuestro Señor Jesucristo y un solo cáliz para unirnos con su sangre; un solo altar, así como no hay más que un solo obispo"*.

San Juan Pablo II nos dejó escrito que el *"Pan y el Vino son la fuerza que da unidad a la Iglesia"*.

"Para no estar dispersos y separados, comed lo que a todos nos une para que agregados a su Cuerpo, hechos miembros suyos, seamos lo que recibimos".

Si celebramos la Sagrada Eucaristía sin demandarnos a nosotros mismos las exigencias de la Piedad, la Caridad y la Unidad, estamos renegando de su significado. Parafraseando a San Pablo, a causa de nuestras divisiones, nuestras injusticias y nuestros egoísmos, la asamblea que celebramos, *"ya no es comer la cena del Señor, ya no es ágape, es decir, ya no es expresión y fuente de amor. En ese caso, la Eucaristía y quien participa indignamente, sin hacer que desemboque en la Piedad, en la Caridad y en la Unidad, "come y bebe su propia condenación"*. El sacramento de la Eucaristía, también llamado sacramento del Amor, es la fuente donde nacen, viven y perduran esa Piedad infinita, esa Caridad fraterna y esa unión espiritual con nuestros hermanos. *"Si la vida cristiana se manifiesta en el cumplimiento del principal mandamiento, es decir, en el amor a Dios y al prójimo, este amor encuentra su sustento precisamente en el Santísimo Sacramento"*.

Para nosotros, los cristianos, debería ser tan fácil creer en la presencia de Jesucristo en el pobre y marginado, como lo es creer que está, realmente presente, en el pan y el vino consagrados. Tenemos como ejemplo al venerable Miguel de Mañara que, refiriéndose a los pobres que por enfermedad morían en la calle, dejó reflejado en el capítulo XII de la Regla de la Hermandad de la Santa Caridad que *"aunque el pobre no lo pida, cuide nuestro hermano de saber su achaque, y con entrañas de padre lo socorra en su aflicción, y luego busque en qué traerlo a nuestra Casa, y si no lo hallare acuérdesse que debajo de aquellos trapos está Cristo pobre, su Dios y Señor, y cogiéndolo a cuestras tráigalo a esta santa Casa"*. Recibir a Jesús en la Comunión, implica comulgar también con los demás, especialmente con los

necesitados, con los abandonados, para ayudarlos y socorrerlos no solo con ayudas materiales, sino ofreciéndoles, además, la mirada de amor que necesitan.

“Nuestros actos de Caridad, de Piedad y de Misericordia deben ser gestos litúrgicos, gestos eucarísticos, porque Eucaristía, Iglesia, y Caridad son realidades estrechamente relacionadas e inseparables. La Eucaristía siembra en nuestro corazón todas esas virtudes sociales que son el fundamento de toda auténtica comunidad: la unión, la concordia, la solidaridad porque la Eucaristía tiene una dimensión social, lo mismo que la solidaridad humana tiene una dimensión eucarística. La Eucaristía debe mover al cristiano, a vivir no sólo para sí, sino según las exigencias de la nueva ley del amor; cada uno, conforme a la gracia recibida, ha de ponerse al servicio de los demás, y así todos han de cumplir cristianamente sus deberes en la comunidad cristiana”.

Como dijo San Agustín, *“Los verdaderos sacrificios son las obras de misericordia, realizadas para con nuestros hermanos, y orientadas hacia Dios. Pues, estas obras tienen como fin librarnos de la miseria y concedernos la felicidad, que se obtiene como dice el salmo: ‘Mi bien es estar junto al Señor’. He aquí el sacrificio de los cristianos: lograr la unidad por la caridad”.* La Eucaristía es el reparto justo de los bienes de la tierra, es un acontecimiento de inclusión, participación y rescate. El verdadero sacrificio de alabanza agradable a Dios, es la práctica de las *‘Obras de Misericordia’.*

Debemos preguntarnos sobre nuestra fe y la dimensión real, en

nuestra vida, de la unión entre Eucaristía y nuestros actos de justicia y Caridad con los demás. *“Si compartimos el pan celestial, ¿cómo no vamos a compartir el pan terreno?”. “El sacramento de la Eucaristía no se puede separar del sacramento del pobre.*

¿Cómo podemos recibir la Sagrada Eucaristía y no tener un pensamiento y una oración, por la solución de las penas y las aspiraciones de nuestros hermanos, fundamentalmente las de los más necesitados, los más oprimidos, los más vulnerables? La Sagrada Eucaristía es la Comunión de nuestros bienes; el pan es para ser comido, pero también para ser compartido.

Desde el principio de la Iglesia, el domingo también ha sido considerado el día de la Caridad. Según San Juan Crisóstomo *“En este día nos fueron concedidos innumerables bienes (...) Conviene honrar espiritualmente este día, no con banquetes, con abundantes libaciones, con borracheras y con bailes, sino con ayudas a los hermanos más pobres”*. La atención a los más desdichados, a los pobres, a los enfermos, a los que están solos, deberían ser signos con los que los cristianos mostrásemos al mundo, el efecto y la eficacia de recibir la Comunión.

El mismo San Juan Crisóstomo nos señala el camino. *“¿Queréis de verdad honrar el cuerpo de Cristo? No consintáis que esté desnudo. No lo honréis aquí con vestidos de seda y fuera le dejéis padecer de frío y desnudez. ¿Qué le aprovecha al Señor que su mesa esté llena toda de vasos de oro, si Él se consume de hambre? Saciad primero su hambre y luego, de lo que os sobre, adornad también su mesa.*

Al hablar así, no es que prohíba que también en el ornato de la iglesia se ponga empeño; a lo que exhorto es que, antes que eso, se procure el socorro de los pobres. Mientras adornas, pues, la casa, no abandones a tu hermano en la tribulación, pues él es templo más precioso que el otro.

Con el gesto del “lavatorio de los pies”, en la última Cena, Jesús nos señaló el significado de su vida y lo que iba a exigir de nosotros por participar en la mesa eucarística. Toda la vida de Jesús, desde el principio hasta el final, fue un lavatorio de pies, es decir, un servir a los hombres por amor. “Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo”. El servicio nace de la Caridad y es la expresión más grande del mandamiento nuevo. “Lo que hagáis a uno de estos, mis hermanos, a mí me lo hacéis”. La Eucaristía no es sólo un misterio para consagrar, recibir, contemplar y adorar, sino que es, además, un misterio que hay que imitar. “¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? ... También vosotros debéis lavaros los pies unos a otros, porque os he dado ejemplo para que hagáis vosotros lo mismo que yo he hecho;... y dichosos vosotros si lo cumplís”. En palabras de San Juan Pablo II, “quien desea seguir el camino de la santidad no necesita nuevos ‘programas’. El programa ya existe: ¡es Cristo mismo!, a quien se debe conocer, amar, imitar y anunciar”.

Si no eres católico, ni tan siquiera cristiano, si no crees en el milagro de la conversión del pan y del vino, en el cuerpo y la sangre de Cristo, ¿qué sentido tiene la Comunión para ti? Si no has educado, ni transmitido a tus hijos, lo que significa ser seguidor de Jesucristo y la razón de ser del Misterio Eucarístico ¿qué sentido tiene la Comunión para ellos? Los que formamos parte del cuerpo de la Iglesia Católica, educamos y transmitimos a nuestros hijos, el significado de recibir a Jesús por primera vez, y a esta ceremonia la llamamos primera Comunión, y la celebramos con alegría. Incluso después de recibir la primera Comunión, los católicos, seguimos acompañando y formando a nuestros jóvenes en los primeros años de su camino eucarístico.

Les enseñamos que la primera Comunión no puede ser un mero acontecimiento o fiesta social o familiar, les enseñamos que la primera Comunión no puede ser una especie de carrera interminable de regalos y más regalos, les enseñamos que la primera Comunión no puede ser, a la vez, la última Comunión. También les enseñamos que la primera Comunión si es una fiesta de importancia capital en su proceso de maduración y vivencia cristiana, les enseñamos que la primera Comunión si es el comienzo de su participación más plena y más constante en la Eucaristía de la comunidad, les enseñamos que la primera Comunión si es un momento oportuno para intensificar su vida de Comunión y fraternidad, en sus corazones y en sus comportamientos.

Desde ese día, y acompañados por sus familiares, los niños que han comulgado por primera vez, deben acudir, todos los Domingos y otras fiestas, a recibir a Jesús Sacramentado. La participación en la mesa del

altar, la Comunión de todos del mismo y único pan, debe fortalecer su condición de comunidad y de miembros de la misma familia.

Pero ahora lo que está de moda, es tergiversar los sacramentos y las ceremonias católicas. Ahora lo políticamente correcto, es decir que “ya está bien de depender de la Iglesia para que los niños hagan la primera Comunión”.

Le pese a quien le pese, la Comunión, sea la primera o la última vez que se recibe, es cosa de cristianos y para cristianos.

¿Propuestas para instaurar la primera Comunión laica en nuestros ayuntamientos?, ¿propuestas para convertir a concejales en sacerdotes laicos y al estado en una iglesia laica?

De estas cuestiones me surgen varias preguntas y que Dios me perdone por ser políticamente incorrecto:

Me pregunto si, esos mismos políticos, ¿también se postularan para ser rabinos laicos o imanes laicos?, me pregunto si ¿se atreverán a proponer un Janucá laico y un Yom Kipur laico?, y ya puestos, ¿tendrán el valor de sugerir un Ramadán laico o una Eid al Adha laica?, lo dudo, es menos arriesgado incomodar a los cristianos que a otros.

Me pregunto si podemos esperar a que esos políticos, convertidos en sacerdotes laicos, asuman la vida de sacrificios que implica el sacerdocio en la Iglesia Católica, a pesar de los tremendos esfuerzos

que hacen algunos para desprestigiarles.

Me pregunto si, esos mismos políticos, acabarán proponiendo también Misas laicas, para el que piense que “ya está bien de depender de la Iglesia para ir a Misa”.

Santo Padre Claret Sagrario viviente,
como el tuyo sea nuestro pecho de amor ardiente.....

Esta fue la cantinela con la que recuerdo mis primeros acercamientos a la Sagrada Eucaristía. 12 años de educación claretiana dan para muchas vivencias y recuerdos entorno a Ella. Recuerdos de la Misa diaria justo antes del recreo, recuerdos de la iglesia del colegio llena a rebosar todos los días, recuerdos de las largas colas en los confesionarios y recuerdos de la fila interminable para comulgar. Recuerdos de consejos de mis padres espirituales [...] *de la Hoz, hay que comulgar en gracia de Dios, con el alma limpia de pecados, [...] de la Hoz hay que confesarse*. Éramos incapaces de recibir la Comunión sin antes haber confesado hasta la falta más leve.

San Pablo nos dice: *«Así pues, quien coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor. Examínesse, por tanto, cada uno a sí mismo, y entonces coma del pan y beba del cáliz, porque el que come y bebe sin discernir el Cuerpo, come y bebe su propia condenación»*

Y la Didaché, uno de los testimonios más antiguos posteriores al Nuevo Testamento recoge, a comienzos del siglo II, esa tradición apostólica y hace decir al sacerdote antes de repartir el Cuerpo de Cristo: *«¡Si alguno es santo, que venga!; ¡El que no lo sea, que se convierta!»*.

“Vio en el desierto un santo solitario a un hombre que había hecho un haz de leña para llevarlo a cuestras, y vio que probó a subirlo

sobre los hombros y no podía, y el remedio que busco fue hacer más leña con lo que acrecentó la carga, y menos podía subirla. Reíase el santo ermitaño de la locura de este hombre, hasta que le dijo un ángel: "Mas locos son los hombres, que dejan para mañana su conversión: no pueden hoy levantar su corazón a Dios con la grave carga de sus pecados, y esperan a mañana con muchos más, levantarse más ligeros". No seamos como el otro ignorante, que a la hora de la muerte pedía con grandes voces, tiempo para hacer penitencia y oyeron los que le ayudaban a bien morir una voz que le decía: ¡Necio, ahora que el sol se pone, pides tiempo de penitencia! ¿Qué hacías cuando te alumbraba todo el tiempo?"

Sacramento de la Penitencia, instituido por Jesucristo la noche de Pascua, cuando, mostrándose a sus discípulos, les dijo: *"Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonareis los pecados, les serán perdonados; y a quien se los retuviereis, les serán retenidos."*

En palabras de Benedicto XVI *"los cristianos nos encontramos, en la actualidad, inmersos en una cultura que tiende a borrar el sentido del pecado, favoreciendo una actitud superficial que lleva a olvidar la necesidad de estar en gracia de Dios para acercarse dignamente a la Comunión sacramental. En realidad, perder la conciencia de pecado comporta siempre una cierta superficialidad en la forma de comprender el amor mismo de Dios"*.

Como está escrito en el Eclesiástico, *el camino de los pecadores está bien pavimentado, pero su fin es el abismo del averno"*.

El que quiera recibir a Cristo en la Comunión eucarística, debe hallarse en estado de gracia. No podemos ser conscientes de haber pecado y acercarnos a la Sagrada Eucaristía sin haber recibido previamente la absolución en el sacramento de la Penitencia. De hecho, el sacrilegio más grave y frecuente que se comete hoy día es recibir la Comunión en pecado mortal.

Debemos aprender de nuestra madre, la Virgen Maria, que según San Juan Pablo II, *“es la Tota pulchra, Toda limpia, ya que en Ella brilla el resplandor de la gloria de Dios. De Ella hemos de aprender a convertirnos en personas eucarísticas y eclesiales para poder presentarnos también nosotros, según la expresión de san Pablo, « inmaculados » ante el Señor, tal como Él nos ha querido desde el principio”*.

Hoy, entre los que nos llamamos cristianos, las colas para comulgar son largas y las de la confesión muy cortas por no decir casi inexistentes. No acuso, no juzgo, solo recuerdo. Recuerdo valores que aprendí y ahora no veo, ni cumplo.

Muchos de nosotros vivimos sin participar de la Eucaristía, ni comulgamos, ni vamos a Misa, somos solo cristianos de nombre; algunos participamos en la Eucaristía, incluso comulgamos, pero no vivimos en la armonía que exige la Comunión Eucarística, siendo benévolo, practicamos un cristianismo liviano, tenue. Muchos usamos la Eucaristía como la Anestesia que sirve de tranquilizante para nuestra conciencia. ¿De qué nos vale hacer de la Misa dominical un objeto de consumo, una rutina, un mero cumplimiento social,

eliminando a conveniencia la parte espiritual que entraña? Tampoco nos alimenta quedarnos en las formas, ritos y gestos litúrgicos, que pueden conseguir una vistosidad y estética impecable, pero que no introducen en el misterio pascual. No podemos comer y beber sólo el sacramento visible, tenemos que abrirnos a su Espíritu, para permanecer en El, como miembros vivos de su Cuerpo. *“En verdad, en verdad os digo. Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros”.*

Para nuestra desgracia, ya no es la Eucaristía la que nos transforma a nosotros y a la sociedad, sino que es la sociedad y nosotros mismos los que acomodamos y configuramos las prácticas de piedad, y en especial la Eucaristía, a nuestro gusto e interés. No acuso, no juzgo, solo recuerdo. Recuerdo valores que aprendí y ahora no veo, ni cumplo.

Los cristianos hablamos de pérdida de valores, de falta de espiritualidad en la sociedad en la que vivimos, pero ¿hacemos algo para cambiarlo?, ¿nuestra vida es ejemplo para que esos valores se impongan? Nos importa muchísimo más lo prescindible que lo espiritualmente necesario, es más importante lo que adorna que lo que, como cristianos, debiera importarnos. Hemos llegado a perder el norte hasta dentro de las iglesias, ya no es lo primero presentar nuestros respetos al Santísimo, lo primero es otra cosa, incluso, a veces, no es ni lo último, en muchos casos ni pasamos frente a Jesús Sacramentado y en el peor de estos casos puede que ni sepamos identificar donde está.

Muchos ancianos en las residencias, están olvidados de sus hijos, el

Señor en el Sagrario, también durante todo el día, espera la visita de los suyos. Lástima que sean tan pocos los que pasan a saludarle. No acuso, no juzgo, solo recuerdo. Recuerdo valores que aprendí y ahora no veo, ni cumplo.

Humildad, generosidad, castidad, paciencia, templanza, caridad, diligencia, dicen que todos tenemos en algún sitio guardadas esas virtudes. La verdad es que he estado buscando y no las encuentro. A ver si voy a tener que mirarme hacia dentro, igual me llevo alguna sorpresa y resulta que tengo alguno de esos antídotos. Pero cuanto más me miro, lo que más veo que abunda en mí son pecados, soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia, pereza. Creo que los tengo todos, los siete, no me falta ninguno.

Todos cometemos pecados, y el que esté libre de ellos, que tire la primera piedra.

Qué curioso que los dos Sacramentos que más veces debiéramos recibir durante nuestra vida como cristianos, sean el de la Penitencia y el de la Eucaristía. Sacramentos inseparables.

Sacramento de la Penitencia, con el que experimentamos en carne propia la grandeza de la misericordia de Dios. Penitencia que nos reconcilia con El y con la comunidad cristiana. Penitencia que nos reconduce de vuelta al camino correcto y nos alivia del peso acumulado por nuestras faltas contra los mandamientos de la Ley de Dios. Pero por encima de todo, Penitencia que nos pone en disposición de recibir su cuerpo y su sangre.

Sacramento de la Eucaristía, luz de luz, *"¡Oh sagrado banquete, en que Cristo es nuestra comida; se celebra el memorial de su pasión; el alma se llena de gracia, y se nos da la prenda de la gloria futura!"*.

Eucaristía, corazón y cumbre de la vida de la Iglesia. Eucaristía, memorial de la Pascua de Cristo y sustento de nuestras fuerzas a lo largo del peregrinar de esta vida. Eucaristía hacedora de nuestra redención, remedio de inmortalidad, antídoto para no morir y vida eterna en Jesucristo.

“Participar en el Santo Sacrificio, exige Caridad en el corazón y sosiego en el alma. Celebrar el Banquete del Señor, es compartir el pan, el Suo y el nuestro; compartirlo no solo con los que tienen hambre de cosas materiales necesarias, sino compartirlo también con los que tienen hambre de pan y justicia, de trabajo y vivienda, de dignidad personal y cultura, de estima y afecto, de paz y libertad, de espíritu y religión. Hambre total, hambre de absoluto, hambre de Dios. Hambre de las nuevas pobreza de la sociedad moderna: ancianos solitarios, enfermos terminales, niños sin familia, madres abandonadas, delincuentes, drogadictos, alcohólicos y tantos otros”.

¡**Eso** es lo que exige celebrar y participar en la Sagrada Eucaristía!

He dicho.

Sevilla, 10 de junio de 2017
Adolfo Fernandez de la Hoz